

SHUMONA SINHA

EL TESTAMENTO RUSO

Traducción de Lucía Dorin



Tiempo, tímida crisálida, mariposa revestida de harina, joven judía asomada a la ventana del relojero.
¡Más te valiera no mirar!

Ossip Mandelstam, *El sello egipcio**

El mundo se desarrolla únicamente en función de las herejías, en función de los que niegan el presente, en apariencia inquebrantable e infalible [...]. Solo los herejes, que rechazan el presente en nombre del futuro, son el eterno fermento de la vida y aseguran el infinito movimiento de la vida hacia adelante.

Eugène Zamiatin, citado por Jorge Semprún
en su prólogo a *Nosotros***

* Mandelstam, Ossip, *El sello egipcio*, traducción de Jorge Segovia y Violetta Beck, Vigo, Maldoror ediciones, 2008, p. 29.

** Eugène Zamiatine [Yevgueni Zamiatine], citado por Jorge Semprún en el prólogo a *Nous autres, L'imaginaire* Gallimard, 2017.

Prólogo

Ayer lo volví a ver. Apareció sobre la ruta en la oscuridad, al borde del bosque, con la cabeza inclinada sobre su pequeño cuerpo, indeciso sobre qué camino tomar, dudando entre cruzar la calle o volver a la oscuridad aterciopelada. Los faros de mi taxi solo habían iluminado el lado izquierdo de la ruta, el pie de los árboles y su cabeza. Parecía tan blanco como la luz, brillante como un muñeco de nieve, el pelaje erizado alrededor de su cara, resplandeciente. En sus ojos giraban las ruedas azules y grises, se preguntaba si debía tener miedo o no.

Los lobos pequeños suelen aparecer en ese trayecto, cuando vuelvo de Parnas, tomando un atajo por el parque Tchouvalovski para regresar a mi refugio en Pargolovo. Aunque también hay jabalíes que husmean en los parajes, no podría decir ni dos palabras sobre ellos. Sus cuerpos apoltronados como bolsas de yute, su obstinación por embestir hacia adelante a pesar del instinto que crispa forzosamente sus flancos, no hacen más que endurecer mi corazón.

En medio del bosque está el lago. Se extiende, se aleja por detrás de los árboles que se asemejan a soldados insomnes que penan por mantenerse en pie, y luego surge muy cerca de la ruta. La mansión de ladrillo rojo, adornada con columnas y

campanarios beige que imitan el estilo art nouveau, fue construida por la ciudad de San Petersburgo a principios de los años noventa para instalar allí una casa de retiro.

Ayer volvía de mi sesión con el psicólogo. La dirección del hogar me impuso esta consulta desde hace algunos meses. Mi nieta, que tomó la incómoda responsabilidad de organizar mi primer viaje a su casa en los Estados Unidos, desafiando a la administración rusa, no tuvo más remedio que aceptarla. No sé si será la exaltación del nuevo milenio la que le dio el impulso para rehacer mi vida, sacarme de mi elemento, de mi ciudad y enviarme al extranjero.

Había empezado a sentenciar que, si Poncio Pilatos no hubiera existido, se podría haber evitado la Shoah, el Primer Templo habría aceptado a los zelotes, y el judaísmo y el cristianismo habrían existido como dos corrientes de la misma religión. Primero, fingieron que me escuchaban. Como la vieja judía rusa que era, despertaba siempre entre la gente una prudencia deferente. Después, se burlaron de mí, aunque no sin cierta indulgencia, creyendo que yo parloteaba bajo el efecto del alcohol amargo, traumatizada como ellos desde la disolución de la URSS. Y luego, dada mi obsesión por esta supuesta idea descabellada, dejaron de reírse. También dejaban de hablar en cuanto me veían aparecer.

El hogar aloja a los fantasmas del pasado, a los sonámbulos que se niegan a despertar. La dirección ignora que no somos amnésicos, que elegimos el olvido parcial y puntual para sentir el efecto de la morfina, para quedarnos reclusos en el vientre de ese sueño noche y día. Porque nadie espera que un espectro hable. Porque queremos quedarnos acurrucados contra nuestros sueños para que nos dejen tranquilos. Un sueño no necesita ser legítimo, basta con que sea lo suficientemente viejo para infiltrarse en nuestra sangre y nuestros huesos.

Bajo las ruedas del coche, las piedras lisas se habían aplastado como huevos de paloma. Me dirigí a la entrada lateral para acceder a la escalera, aunque no corría el riesgo de importunar a nadie si cruzaba el salón de la planta baja, vacío y apagado a esa hora de la noche. Una vez en mi cuarto, ya no volví a bajar, ni a la hora de las comidas colectivas, ni a la de los partidos de bridge. Todo el día de hoy permanecí con la puerta cerrada. Las cajas de bizcochos y las cerezas sumergidas en té negro me son muy útiles durante estos momentos de encierro voluntario.

Duermo poco. Las pastillas blancas de los somníferos no me hacen nada, se disuelven bajo el aliento húmedo de mis noches. Desde las ventanas abuhardilladas de mi suite en el entretecho, miro el lago que nunca es completamente negro, incluso en medio de la noche. Los puntos luminosos sobre la otra orilla se derraman verticalmente sobre la superficie del agua hasta resquebrajarla en minúsculas escamas plateadas al pie del bosque.

La carta me esperaba sobre la mesa de luz. La leí y la releí, y con cada una de mis lecturas mi confusión se volvió más intensa. Desconozco cómo esa joven mujer pudo descubrir mi existencia. Sigo atónita por su determinación al haber establecido, a través de tres continentes, esos puntos invisibles que, en su mayoría, habían caído en el olvido. Su carta, que de manera visible hizo traducir al ruso, se envió a Boston, a lo de mi nieta, antes de ser reenviada aquí, a San Petersburgo.

Me recordó a la historia de esa chiquilla de uno de los libros que mi padre había editado, que en lugar de recolectar ramitas en los bosques desenterraba de la arena relojes oxidados. La literatura infantil y juvenil que publicaban la mayoría de los editores en esa época tenía por vocación la propaganda soviética. Los autores tomaban de rehenes a los personajes de sus libros y los usaban como mulas para transmitir el mensaje político. Pero

mi padre nunca supo quedarse detrás de la línea roja, él, que había fundado la editorial Raduga sin siquiera el permiso de la autoridad soviética.

No me gusta leer la carta durante el día: el nombre de mi padre aparece con tanta insipidez, casi banal. La claridad del ambiente vuelve las palabras frágiles y transparentes, mientras que de noche son densas, como destiladas a través de un alambique gigante. Su escritura en tinta azul muestra que ella caligrafió con cuidado el nombre de mi padre, Lev Moisevitch Kliatchko, y me divierto imaginando con qué tierna torpeza habría tratado de pronunciarlo frente a mí. También habla mucho de ella, de su adolescencia y de su juventud, para justificar su obsesión por conocer la verdad sobre mi padre, sobre el fin de su vida. En la carta cuenta que quedó conmovida al descubrir que él había muerto de tuberculosis en el invierno de 1933. ¿Cómo decirle que mi padre tuvo la suerte de irse tres años antes de los juicios de Moscú? Alojada en su cuerpo, la muerte lo devoró desde el interior y la tiranía no pudo arrastrarlo a la desgracia.

Esta joven mujer de un país tan lejano, donde las vacas son máspreciadas que las mujeres, hace temblar mi noche, resquebraja el suelo bajo mis pies y no sé si es miedo o alegría lo que siento al verla levantar la lápida. No sé todavía si se trata de un vulgar jabalí que va a husmear, embriagado por el hedor de los desperdicios, o si es un lobo inmóvil en medio de mi noche.

Tania

Lo que la capturó fue su bigote, como un moco negro derramado, pegado debajo de su nariz. Su mechón de estudiante sobre un rostro pastoso tenía algo a la vez revulsivo y ridículo. Tania nunca había visto a nadie con semejante aspecto, ni en su barrio, ni siquiera en su manual de historia de la escuela. Miraba la tapa de ese libro que olía a querosén y a humo, que casi le quemaba las manos. Los bordes de las páginas ya amarillentas estaban ahora calcinados.

Echó un vistazo a su alrededor. Los incendiarios se habían ido con sus bidones de nafta y sus antorchas. Los otros libreros habían bajado las persianas de chapa y habían desaparecido de la escena. Bajo la lúgubre luz de los faroles, Tania vio a su padre, sentado en el piso en medio de la calle estriada por el tranvía, cerca de una pila de cenizas. Prakash dejó de llorar. Se sorbía los mocos cada tanto y se limpiaba la nariz contra el brazo mientras juntaba hojas, tapas y, a veces, un libro entero.

Prakash se pasaba la vida en su caverna de libros. Al igual que en lo de sus vecinos, los libros se almacenaban en pilas, incontables, como apretados y clavados los unos contra los otros, formando la entrada, el mostrador, el techo y las paredes. Los cientos de libreros pasaban sus días uno al lado del otro en sus cavernas a lo

largo de College Street, apoyándose en las murallas detrás de las cuales se encontraban las universidades más antiguas y prestigiosas de la ciudad, aquellas que nunca habían pisado.

Prakash vendía libros extranjeros —principalmente rusos, pero también franceses, alemanes, italianos y españoles— traducidos al bengalí.

Nunca había considerado su comercio como clandestino, aunque muchos libros habían sido editados y vendidos sin haber pasado por la caja de los derechos de autor de las editoriales matrices. Las montañas y los océanos, así como también la ignorancia de Occidente sobre el tema, los protegían a él y a los demás libreros de los procesos judiciales. Calcuta era una nave espacial que atravesaba el cielo, cruzaba las fronteras para aterrizar en secreto en los países extranjeros y traer archivos del pasado y sueños del futuro, a tal punto que en el imaginario de los lectores que frecuentaban College Street el perfume del loto se mezclaba con el de lavanda, la lluvia tenía un dejo de nieve y la sombra de siluetas blancas y femeninas sobrevolaba, a veces, su deseo carnal.

Cuando le habían propuesto vender el *Mein Kampf*, Prakash no se había negado, él que ya vendía *Das Kapital* o las biografías de Gandhi, Netaji y Martin Luther King. Solo había visto un signo de la variedad de las ideologías políticas, además del hecho de que se trataba de un best seller. El genocidio de los pueblos extranjeros nunca lo había conmovido. Asimismo, las crisis políticas en India tampoco: huelgas, manifestaciones, rebeliones, solo las tenía en cuenta como días de comercio saboteados.

En College Street, los militantes comunistas, acompañados por algunos activistas de las ONG, merodeaban alrededor de su puesto desde principios de enero. El año 1983 había empezado con malos augurios. Habían aparecido una tarde. Habían

arrancado los volúmenes de sus columnas como se dismantela un templo, corteses en extremo, sin maldecir nunca. Después de haber gritado algunas consignas, habían prendido fuego a un montón de libros en medio de la calle. En su exaltación, no habían hecho diferencias entre una recopilación de Rilke y la biblia nazi. Su energía mezclada con el movimiento de las llamas era tan impresionante que nadie había movido ni una ceja. Ellos mismos se habían quedado petrificados por un momento, antes de retirarse.

Prakash se preparó para volver a su casa, no lejos de su negocio, en uno de los callejones que forman un complejo entramado detrás de College Street. Miró apenas a su hija, de manera vaga le hizo una señal con la cabeza.

Tania sopló sobre el libro, lo limpió con los dedos y lo puso debajo de su pulóver amarillo que ceñía su cuerpo frágil y asustado. No sabía si algún día lo leería. Tampoco si lo que estaba haciendo no atraería más problemas para su padre. Solo tenía que proteger el libro medio calcinado que había despertado su curiosidad y, ante todo, ponerlo a salvo.

Cuando Tania, su primera hija, nació, Mira quedó exangüe, con el cuerpo devastado y el bajo vientre destruido. Estaba resentida con su hija. Mientras ella había estado en su panza, Mira había apreciado la idea de ser madre, pero no le perdonaba que hubiera salido, y, además, con esa violencia. Lo consideró una traición.

Su rencor se transformaba en bronca cuando su familia política se burlaba de ella por no haber sido capaz de engendrar un varón. No se ocupaba de la bebé, miraba de manera oblicua a sus cuñadas cuando alzaban a la niña en brazos cacareando alegremente que pronto tendría un hermano. Muy pocas veces, Mira trató de amamantarla, pero la pequeña tomaba en su boca el pezón y se quedaba inerte, soñando despierta. Mira se reía a carcajadas, luego se enojaba y la dejaba en el piso. Una vez, la maltrató al punto de golpearle la cabeza contra el cemento. Ese día Prakash la abofeteó.

Se sentía un padre satisfecho por tener una bebé tan hermosa y decidió ponerle un nombre ruso, aunque sus brillantes y pequeños bucles negros, y su minúsculo cuerpo color arcilla no tenían nada que ver con los de aquellos bebés blancos y regordetes como las ocas que vivían en aquel país lejano, casi

imaginario. Prakash se inspiró en su clientela fiel a la literatura rusa. Esos militantes e intelectuales comunistas conocían las estrategias políticas que adoptaba el gobierno indio para quedar en buenos términos con el poder soviético, sin descuidar las zalamerías diplomáticas delante de los Estados Unidos. Rusia formaba parte de sus vidas de manera casi familiar. Recordaban con orgullo que el Partido Comunista indio había sido fundado, no solo en India, sino en Tachkent por el bengalí Manabendra Nath Roy, que había tenido el honor de ser invitado por Lenin al segundo Congreso del Komintern en Moscú. Pronunciaban con facilidad los nombres eslavos y en los puestos callejeros se tomaban un té con leche y comían buñuelos de berenjena y papas contaminados de humo de gasoil, mientras los colectivos y los camiones tocaban la bocina hasta tapar sus voces. Tenían un sentimiento de pertenencia con respecto a todo lo ruso; sus luchas políticas y su búsqueda existencialista se inspiraban en los líderes de los años veinte, treinta, la Segunda Guerra Mundial no les parecía importante más que en virtud de la intervención de Stalin. Adoraban el ballet del Bolshói, llevaban a sus hijos al circo ruso y celebraban los triunfos de los atletas soviéticos en los juegos olímpicos en nombre de un patriotismo sin fronteras. No era extraño encontrar en Calcuta, en los años setenta y ochenta, niños que respondieran al nombre de Karl, Gogol, Pavel o, incluso, Bulganin.

Mira se había encerrado en sí misma. Su vientre era desde entonces un horno calcinado, donde ya no quedaba ni amor ni deseo entre el carbón y la ceniza. Había detestado el nombre Tania, cuya resonancia extranjera había expulsado aún más a la bebé de su mundo interior. Con dos sílabas, dos gotas de poción mágica, su marido le había sacado a su niña y se la había llevado con él a otra parte, lejos.

Lo que ella sentía por su hija tenía algo de desagradable. El poco afecto que le mostraba estaba mezclado con saña y, si hubiera podido, la habría aprisionado entre sus manos y escondido en su vientre de nuevo. Luego se olvidó muy rápido de amarla.

Al crecer, Tania fue desarrollando un instinto de alerta hacia su madre, que podía derramar su furia sobre ella en cualquier momento, así como un amor triste por su padre que la quería como un ladrón, asustado con la idea de ganarse la ira de su esposa.

Hacia sus siete u ocho años, la indiferencia de Mira por su hija mutó en odio. La pequeña había perdido su carita adorable, y en lugar de líneas dulces se dibujaba un rostro varonil. Para castigarla, Mira la llevó un día al peluquero para hombres, en el mercado. Sentada en el almohadón de cuero sintético verde de la silla de madera, que habían tenido que elevar con la ayuda de unos ladrillos, Tania derramó lágrimas calientes en silencio. El peluquero estaba estupefacto por el pedido de la madre, pero conociendo su carácter belicoso terminó por ceder y por poco rapó la cabecita. La secuela de la sesión fue, sin embargo, gratificante: el pelo de Tania volvió a crecer en una enorme cascada que le rodeaba el rostro, envolviendo sus hombros como uvas maduras al sol.

Sin embargo, Tania comprendía la razón de la vehemencia de su madre y sentía un poco de vergüenza. También estaba molesta con su padre porque la regañaban por parecérselo, por tener ese rostro masculino. La habían desterrado a la entrada del jardín feliz donde las mujeres se pasaban mutuamente los espejos. Tania observaba a su padre a escondidas. Se vinculaba con él con una ternura secreta y creciente, estaba orgullosa de parecerse a él. Se contemplaba en el espejo a la luz de una lámpara de querosén y veía una fuerza irrigando sus rasgos.

Muy rápidamente, aprendió a venerar lo que para su padre era sagrado: su puesto de libros. Reprendida por su madre, se refugiaba allí y olvidaba gritos, amenazas, humillaciones, olvidaba las horas que pasaban, suspendida en una hamaca tejida de palabras. Las frases la cubrían como lianas, enlazaban su cuerpo, aspiraban su aliento. Emergía de allí perfumada de un aroma extraño, rodeada del aura dulce de una tierra lejana. Leer era una levitación. Un vuelo por encima de los techos deteriorados y de los efluvios mezclados de barro y especias. Cada vez más minúscula, cada vez más lejana, Calcuta desaparecía de su vista como un planeta menospreciado. Era una niña frente a un mundo extranjero. Nada era más real que los libros. Tania vivía al margen de las cosas, como las margaritas que crecen entre los rieles, demasiado insignificantes y tenaces para ser aplastadas por la locomotora rugiente.

Al volver a la casa, detrás de Prakash, Tania se dirigió a su pequeña habitación y sacó una de las cajas de zapatos de debajo de la cama. Ahí escondía los libros que pretendía haber “tomado prestados” del puesto de su padre, moneditas que robaba del altar, algunas tonterías, juguetes, una imagen de Jesucristo enganchada a una foto de Björn Borg, pero también los gatitos que recogía de la calle sobre las montañas de basura, aunque sus maullidos alertaban muy rápido a Mira que venía corriendo de la cocina con una espátula de hierro y les daba patadas a los animalitos temblorosos hasta que los hacía salir volando hasta la otra punta de la habitación.

Tania disimuló el libro quemado debajo de otros ejemplares. Más que la tristeza, era la vergüenza por su padre lo que la

agobiaba. Lo presentía culpable de algo que la superaba. Tania se sentía traicionada por los libros, que eran el eje de su existencia. Aturdida por descubrir sus poderes maléficos, aunque le habían permitido escapar de su desgracia natal. Así, durante todos esos años en los que se había salvado gracias a la lectura, las verdades y las mentiras se habían mezclado de manera cruel para tejer la matriz intrínseca de la humanidad.